

DEDICADO A TOBÍAS: HUMANIDADES

Desde hace años en muchos países —pero yo te hablo de España— el sistema de educación se ha descarriado. Avanza en una dirección equivocada: es decir, cuanto más avanza más se equivoca. Los niños, los adolescentes, los jóvenes, reciben en las escuelas, en los institutos, en las universidades, unos conocimientos desarraigados y sin base. La enseñanza abandona el tronco y se va por las ramas. Los depositarios del saber general, del saber previo, acabarán por convertirse en minusválidos. (No me refiero a la cultura. La cultura es algo diferente, más hondo y menos aprensible. Pero también aquel saber es una concreción, o un ramal, o una antesala, o un reflejo de la cultura.) Me temo, pues, Tobías, que el hombre sepa aquí cada día menos del hombre, lo cual es un suicidio. Identificar el pasado con el retroceso y el futuro con el progreso no deja de ser una absurda simplificación. La cronología no tiene nada que ver con el acierto. Creo que estamos, una vez más, confundiendo el culo con las témporas.

En la Edad Media, que solemos con orgullosa falacia calificar de oscura, los escolares estudiaban el *trivium* y el *quadrivium*. El primero era el conjunto de las tres artes liberales relativas a la elocuencia: gramática, retórica y dialéctica. El segundo, el conjunto de las cuatro artes matemáticas: la aritmética y la geometría, sí, pero asimismo la música y la astrología, que no era una ciencia fantástica y amparaba la astronomía. Se trataba de formar un hombre íntegro: un hombre que se expresara con soltura, y cuyo contenido no fuese superficial ni obvio. ¿Cómo se expresan hoy los muchachos? ¿Cómo os expresáis, Tobías? Con un mínimo vocabulario intercambiable, casi siempre balbuceante y de argot; naufragando entre anacolutos (míralo en un diccionario, por favor); con un sobrecogedor desinterés por la precisión y la propiedad y la pureza verbales. No ya desconocéis el griego y el latín —¿Lengua eclesial, lengua muerta? ¡Una mierda!—, sino que no sabéis ni vuestro propio idioma. Tú eres americano, pero los españolitos, colonizados por añadidura, también pa-

decen la sordomuda tiranía de la televisión y de los ordenadores.

Luego, la escolástica dio paso al Renacimiento. En él se consagró un modelo educativo con el hombre en el centro. El humanismo, con la mirada admirativa vuelta a las culturas clásicas, proclamó su fe en el progreso y se negó a extirparle al hombre ninguna de sus misteriosas facultades en beneficio de otra. El hombre es un ser compuesto y complicado, imposible de despiezar. "Yo mejoro. Yo progreso", dice, y dice *yo* en primer lugar. Ningún hombre podrá decir con razón *yo* si no se conoce, como persona y como individuo de su especie. Para él, avanzar y progresar es acercarse a sí mismo. Y si se ha de exaltar su humanidad, quien aprenda a ser hombre lo aprenderá mejor a través de la historia continua que es el hombre: sus horas estelares, sus fracasos, sus tanteos, sus crímenes, sus triunfos, sus lenguas y sus artes, sus impresiones y sus expresiones. El Renacimiento desacralizó las *humaniores litterae* —las letras más humanas, las humanidades— y las libertó de la Sagrada Escritura y de la Teología, que eran letras divinas. Fueron entonces las que hasta ayer: la cultura literaria, la filosófica —no esclava ya de ningún dios—, la elocuencia, la filología, el pensamiento griego y el latino. O sea, aquello contra lo que los planes de estudios quieren *progresar* hoy.

Todo esto, Tobías, sucedió en Europa antes de la revolución jurídica del XVIII y la industrial del XIX. Quizá Europa sea ahora sólo una nostalgia, y se haya reducido a un supermercado y a un parlamento de diputados anodinos. Quizá Europa se haya enamorado de vuestro mercantilismo y de vuestro pragmatismo. Quizá su única ansia sea no perder el *tren de la tecnología*, como por estos pagos dice alguien (paradójicamente, porque el tren es casi una antigualla). Quizá el número ha sido entronizado y exiliada la letra. Quizá se intenta que de las universidades salgan sólo los aprendices que nuestra zafia sociedad reclama: unos cuantos técnicos descerebrados. Bien. Está bien. Pero si los bachilleratos y las graduaciones se dedican en exclusiva a cubrir puestos de trabajo, y no hay puestos de trabajo, estamos haciendo un pan como unas hostias: cubrimos puestos de jóvenes parados en vez de aprovechar el paro para crear un nuevo espécimen de joven culto, que sería adorno y lujo de nuestro adocenado mundo aséptico. Y no sé además si cogemos el *tren de la tecnología*, o será el *tren*

el que nos coja a nosotros y nos parta por la mitad del eje. Ni sé quién se montará en ese tren: con toda probabilidad un español abdicado, ni caliente ni frío, sin antecedentes propios ni consecuentes claros. Porque, si hoy llamamos humanoides a los robots, quizá mañana, por la misma regla de tres, tengamos que llamar robotoides a los humanos.

No hay humanos auténticos sin humanidades. Sin ellas, ¿quién guiará a los guías; quién nos dispondrá para la percepción del sentido probable de la vida, para la explicación del mundo, la generosidad y el sentimiento? Progresar, ¿hacia dónde, con qué fin, renunciando a qué? Pongámonos de acuerdo antes en qué es de veras lo deseable. Sólo contar seca las almas. Decaídas las humanidades, decaerá el riego que alimenta las últimas raíces; se extinguirán las artes, la visión de la belleza —la visión redentora y comunicable—, el entusiasmo, la luz que brilla de tejas para arriba. Sin auditorio no habrá artistas; ni escritores, sin lectores; ni pensadores, sin discípulos: lo humano es compartir. Hay que ensanchar la vida, no estrecharla. Antes de echarse a correr hay que saber por qué se corre; conseguir que los hombres —cuanto más y cuantos más, mejor— alcen los ojos y la frente; proponerse un arquetipo de hombre completo y plural, y aproximarse a él. El hombre ideal de hoy no será el de la antigüedad clásica, ni sus humanidades las de ella: estará por encima, con lo cual será aún mayor el dislate de alejar de su estudio a los jóvenes. Porque las humanidades de hoy son las de ayer, pero más amplias, y porque el hombre de hoy tendrá que llevar, igual que un relicario, a sus antepasados en el corazón. Si no se avanza recordando, se tropieza. Tenlo, Tobías, presente: ningún proyecto se puede construir sobre el olvido, ni sobre la ignorancia, ni sobre el menosprecio. El hombre nunca es nuevo del todo. Y, por desgracia, tampoco son nuevos nunca su engrimiento y su torpeza.

ANTONIO GALA